

## **Aún nos aburrimos**

Manuel Rodríguez Rivero

Álvaro de Campos, el más afectado por el aburrimiento de todos los heterónimos de Pessoa, observa perplejo la vida desde la ventana de su habitación. Sabe que su corazón «es un cubo vaciado» y, quizás por eso, se siente dividido entre la lealtad que debe «al Estanco del otro lado de la calle, como cosa real por fuera, / y a la sensación de que todo es sueño, como cosa real por dentro».

El protagonista y narrador del poema *Tabacaria* (1933) no es un hombre rico. Y, sin embargo, se aburre mortalmente: todo lo que ve desde la exigua y patética atalaya de su apartamento de pequeño burgués le pesa «como una condena al destierro», todo le es ajeno, en nada encuentra sentido. Es, como Antoine Roquentin, el héroe de *La náusea* (1938), «sólo un individuo». A partir del Romanticismo el tedio comienza un proceso de democratización que culminará en la Modernidad: hacia 1918, poco después del punto final a la gran carnicería, el aburrimiento se ha convertido en enfermedad universal, al menos en Occidente, infectando definitivamente a todas las clases sociales. Prufrock, el héroe de Eliot, se aburre, en ese tiempo «para cien indecisiones, / para cien visiones y revisiones, / antes del té y las tostadas». Y también se aburren los personajes de Virginia Woolf y de toda la abigarrada *troupe* de modernistas a uno y otro lado del Canal. Antes de 1914 la sensación de tedio era ya tan grande que los futuristas habían confiado en la guerra –la gran aventura– como posible salida.

Hasta entonces el aburrimiento había sido privilegio exclusivo de las clases aristocráticas y del clero. Primero como pecado nefando, la madre de todos los demás (en eso coincidirá más tarde el poeta de *Las flores del mal*): el anacoreta afectado de acedia es un blasfemo pues, ¿cómo alguien entregado a la sola presencia de Dios, Perfección de perfecciones, y sin nada que le distraiga de su meditación, podría aburrirse? Dante, como se sabe, condena a los *accidiosi* a permanecer eternamente hundidos en el lodo.

Siglos más tarde, después de que Pascal, oponiéndose a los teólogos medievales, insistiera en que el tedio es una herramienta excelente para acercarse a Dios (el entretenimiento está absolutamente contraindicado), el aburrimiento consigue ponerse de moda: en los salones del XVIII quien no lo padece (o finge padecerlo) no existe. Aburrirse es ser lúcido, estar de vuelta de todo, formar parte de la cofradía de los que saben. Mallarmé recogerá también la misma idea, consciente de que la carne es triste –ay– y ya hemos leído todos los libros.

La sensación de tedio es inseparable de la conciencia de subjetividad. A partir del XIX los hombres se conciben masivamente como seres individuales que tienen una historia que vivir y en la que deben «realizarse». La Revolución Francesa –el gran momento de lo colectivo– alumbró paradójicamente el parto de una nueva Humanidad en la que cada uno es cada uno. El hambre de nuevas experiencias, de novedad incesante, está

vinculado a la conciencia del tiempo vacío que trae consigo la industrialización y la universalización del ocio. Al tiempo que el héroe romántico, nuestro padre, aprende a transgredir para distinguirse en la tediosa grisura de lo colectivo, en Alemania filósofos y poetas –de Kant a Hölderlin, de Tieck a Nietzsche (prolongándose hasta Heidegger y Peter Handke) convierten el aburrimiento en objeto de estudio o en telón de fondo de la peripecia dramática o novelesca. Si en el cielo ya no hay nadie interesante (Nietzsche), habrá que buscarlo aquí. Sólo así se evitará el *Langeweile*, un aburrimiento expresado por medio de un vocablo que denota tiempo largo: espera prolongada que, sin embargo, no tiene objeto. Una espera sin *parusía* y sin Mesías.

El gran momento de la mujer aburrída se hace esperar un poco más, pero cuando irrumpe lo hace con tal fuerza que su despliegue impregna la novela del siglo XIX . Para Emma Bovary (1856) o Anna Karenina (1874), atrapadas en sendos matrimonios sin amor, el tiempo se despliega como *continuum* sin fisuras que experimentan como condena, enfermas de *anhedonia*, ese estado que se define por la ausencia de sentimiento de placer. Antecedentes de la radical Nora Helmer, también encerrada en su *Casa de muñecas* familiar, ambas intentan con resultados trágicos (Flaubert y Tólstoi, dos varones, las condenan, al contrario de lo que hará Ibsen con su heroína) acabar con su estado de frigidez emocional por medio de la salida más novelesca: el adulterio. El *amour fou* de ellas –ahí tenemos también a Ana Ozores-, o la aventura erótica de ellos –por ejemplo, los galdosianos señoritos José María Bueno de Guzmán, en *Lo prohibido*, o Juanito Santa Cruz, en *Fortunata y Jacinta*– son la salida preferida de esos enfermos de aburrimiento que popularizaron los respectivos *best sellers* primitivos. La carrera literaria del aburrimiento se prolonga durante todo el siglo XX . Beckett –todos sus personajes, de Bellacqua a Vladimir y Estragón están enfermos de tedio– consigue mostrarnos el lado cómico-grotesco de la enfermedad moral. Y Moravia, en *La noia*, una novela de 1960, vuelve a dar vida a un artista aburrído que busca salida a su tedio en una aventura sexual ferozmente autodestructiva. Modelo lejano de lo que planteará Bernardo Bertolucci, en la desesperada relación de Paul y Jeanne en *Ultimo tango a Parigi* (1972).

Lars Fr. H. Svendsen examina en su *Filosofía del tedio* (Tusquets), ese fenómeno vago, complejo y universal a partir de un enfoque interdisciplinario que incluye su fenomenología (con fuerte presencia del análisis heideggeriano), su moral y su historia «intelectual». El tedio –*noia, ennui, boredom, aburrimiento*– como fenómeno característico del mundo occidental moderno: no sólo el tedio «situacional», en el que está implicado el deseo de algo concreto que no se tiene, sino el «existencial» o profundo, en el que el síntoma es el deseo (y la imposibilidad) de desear, concreción psicoanalítica de ese *taedium vitae* –esa pena sin pérdida que la cause– cuya estela viene del Romanticismo.

En la década de 1920, cuando el tedio ya era una conquista democrática de la Modernidad, un norteamericano inventó *el libro de pasatiempos*, un procedimiento inocuo y poco dañino de llenar el tiempo vacío, el de los *commuters* aburrídos, el de las amas de casa que esperan la llegada del marido, el de los malcasados. Desde entonces, el propósito de matar el tiempo «no interesante», el que transcurre desprovisto de virtualidades apasionantes, estéril o superfluo, es lo que permanece en la trastienda ideológica de una industria del entretenimiento cuyas fronteras han crecido hasta hacerse globales. Nadie diría que aún podemos aburrirnos en una época en la que el

riesgo y la inseguridad -dos componentes esenciales de toda aventura- se han convertido en sendos elementos esenciales de nuestra cotidianidad amenazada y perpetuamente en guerra.Y, sin embargo, seguimos aburriéndonos.